varse encima de El ni concebir alguien que le sea siquiera igual".

No nos hemos de meter a discutir si sería posible para un gran literato crear un personaje como el que ven en Jesús de Nazaret los escritores profanos. Lo que afirmamos es que no hay ingenio de novelista capaz de inventar el Dios hecho Hombre que los Evangelistas nos describen, y cuya grandeza sobrehumana se nos va descubriendo en los libros de los escritores místicos.

Después de meditar en compañía de San Agustín, de Santa Teresa, de San Ignacio, de los Padres Granada, La Puente, Luis de León, y de muchos otros Santos y escritores, ya no es posible dudar de que no sólo a los Evangelistas, que carecían de dotes literarias, sino a cualquier otro escritor que las tuviese, le sería imposible idear una vida en la que resplandeciese, como en la vida de Jesús, la voluntad del Eterno Padre mandando a su Divino Hijo para que sirviese de modelo a todos los hombres y para que, practicando todas las virtudes, llevase a cabo la obra redentora con una perfección de la que sólo Dios es capaz.

Como el desarrollo de este argumento nos obligaría a copiar aquí muchas de las consideraciones de los escritores místicos, rogamos al lector, deseoso de conocer su valor demostrativo, que se detenga en las que se refieren al Lavatorio de los pies, o a las respuestas de Jesús ante los tribunales en que fué juzgado, o a las palabras que habló en la cruz. Podríamos citar otras muchas; pero escogemos éstas por referirse a pasajes que no estaban explícitamente profetizados y que, además de ser de los que mejor nos revelan la divina misión de Jesucristo, sería más imposible que fuesen frutos de la imaginación de ningún ingenio humano.

Pasemos de este argumento intrínseco al extrínseco, tomado de la conducta de los que vivieron en los primeros tiempos del cristianismo, tanto de los que siguieron las enseñanzas evangélicas como de los que se apartaron de ellas y las combatieron.

Es justo que empecemos por los Apóstoles. Ninguna prueba mejor puede darse de la veracidad de los Evangelistas que el hecho de que, no sólo ellos, sino también todos los Apóstoles, sufriesen el martirio en confirmación de unos escritos en que tan mal parada quedaba muchas veces su propia conducta. Los hijos del Zebedeo nunca protestaron del relato de su ambición, ni Pedro de sus negaciones, ni los demás Apóstoles de su cobardía al abandonar a su Maestro cuando lo vieron preso, ni de su poca fe al dudar de que hubiera de resucitar el crucificado. Durante los largos años que supervivieron a su Maestro perseveraron en la fidelidad a sus enseñanzas: ninguno de ellos

BIBLIOTECA CENTRAL



desertó; dispersos por las más apartadas regiones, siguieron predicando todos ellos la misma doctrina hasta que, unos en una ciudad y otros en otra, ganaron todos ellos, sin excepción alguna, la gloriosa palma del martirio.

Al testimonio de los Apóstoles se debe agregar el de todos los que se convirtieron al cristianismo en los primeros tiempos, cuando vivían aún muchos testigos de los hechos que se relataban en los Evangelios. Estos primeros cristianos eran perseguidos y muchas veces martirizados. No nos puede quedar, por tanto, sospecha de que obrasen por móviles humanos; como no podían obrar en tal forma aquellos otros que habían empezado por mirar los milagros de Cristo con mala voluntad; entre los que pueden contarse hombres ilustres y escritores de los primeros siglos de la Iglesia, como Teófilo, Panteno, Arístides y Cuadrato.

Los mismos enemigos del cristianismo reconocieron en los primeros tiempos la verdad de los milagros de Jesús. El Emperador Juliano el Apóstata, tan encarnizado perseguidor del cristianismo, declaraba que los milagros de Jesús eran verdad y, cuando quería negar su omnipotencia, alegaba que no era capaz de convertir a todos los hombres.

Hay un testimonio entre todos los contemporáneos del Mesías que sería suficiente él sólo para demostrar la verdad de los Evangelios. Es el de un escritor eminente, cuyas cartas se repartían y se leían en público, cuando aún vivían los Apóstoles, en todos los parajes en que eran más conocidas las enseñanzas, los milagros y la muerte de Jesús. Empezó este hombre ilustre siendo enemigo y perseguidor de los cristianos, y acabó su vida con la corona del martirio, sufriendo antes todo género de persecuciones durante los largos años en que se dedicó a ayudar a los Apóstoles.

No es posible negar, por lo tanto, ni su conocimiento de los hechos de aquel tiempo, ni la autenticidad de sus célebres epístolas, repartidas y conservadas en todos los lugares de la cristiandad. No necesitamos decir que nos referimos a San Pablo. Había tomado parte, siendo joven, en el martirio de San Esteban. Conocida es su conversión cuando se dirigía a Damasco, con amplios poderes para encarcelar a los cristianos. Se le apareció entonces Jesús, con cuya presencia, aterrado y ciego, cayó del caballo en que iba montado. Milagrosamente volvió a recobrar la vista y llegó a ser el Apóstol que más almas convirtió al cristianismo.

Aunque ninguno de los que derramaron entonces su sangre por Cristo haya alcanzado la celebridad de San Pablo, fueron

muchos los que siguieron su camino, convertidos tantos de la religión judaica como del paganismo.

En los primeros siglos nadie negaba la verdad de los Evangelios; pero el deseo que sienten los incrédulos de rechazar todas las pruebas de la verdad del cristianismo los ha llevado al extremo de afirmar que son idealizaciones o leyendas compuestas en época posterior a aquella en que tantos mártires derramaron su sangre en defensa de la fe que tenían en ellos.

Tarde se han acordado estos incrédulos para que sus negativas tengan valor. Si los judíos del tiempo de los Evangelistas hubiesen desmentido a éstos, tendrían mucha fuerza sus reproches; pero el pueblo judío, que ha servido de archivero de las profecías contenidas en los libros sagrados del Antiguo Testamento, ha servido también providencialmente de fiscal para garantizar con su silencio la verdad de cuanto afirmaron los Evangelistas en el Nuevo. Es, en efecto, ridículo sostener que son falsos unos escritos que refiriendo sucesos presenciados por muchos millones de personas, y difundidos por todo el mundo entonces civilizado, no fueron desmentidos por nadie, a pesar de que los cristianos que creían en ellos eran perseguidos por las autoridades y los elementos más poderosos de aquel tiempo.

Digamos finalmente que, así como se ha valido Dios del mayor enemigo del catolicismo, el pueblo judío, para que fuese irrecusable archivero de las profecías del Antiguo Testamento y fiscal de la autenticidad del Nuevo, ha querido también que los modernos enemigos del catolicismo, los racionalistas, en unión con los más eminentes críticos, sean en esta contienda los que dicten sentencia favorable.

Nadie más autorizado entre los racionalistas que Renán y Harnack, si se trata de la vida de Jesucristo. Pues bien, el primero de ellos nos dice: "En suma, admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos". De Harnack son estas palabras: "El carácter absolutamente único de los Evangelios es hoy día universalmente reconocido por la crítica". La exactitud de esta afirmación está demostrada no sólo por el gran crítico inglés Streeter, sino por Hort, que está conceptuado como el más seguro de los críticos textuales del siglo XIX.

A estos testimonios ha venido a sumarse el de los arqueólogos. La célebre colección de papiros de Chester Beatty ha sido enriquecida recientemente con la adquisición de 190 hojas en las que están escritos trozos del Antiguo y Nuevo Testamento. Las pertenecientes al Nuevo debieron ser, según Federico Kenyon, unas 110; pero sólo quedan 30, en las que hay trozos de los cuatro Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles. La antigüedad de estos documentos se remonta a fines del siglo segundo o principios del tercero.

BIBLIOTECA CENTRAL



## 5.—LA RESURRECCION

La semana de los judíos concluía con el día festivo del sábado, que tan rigurosamente guardaban. Con la muerte de Jesús dejaría de ser el sábado el día grande de la semana, y lo sería en adelante el que entonces era el primero de la misma y se había de llamar en lo sucesivo día del Señor, "dies Domini", de donde vino el nombre de *domingo*.

El sábado que pasó en el sepulcro el cuerpo de Jesús fué un día feliz para los justos que lo habían esperado en el Limbo y que tuvieron entonces en su compañía el alma del Señor, separada del cuerpo con el que pronto volvería a juntarse; pero fué también un día muy triste para los Apóstoles, que, olvidados de las promesas de la Resurrección o no habiendo podido entenderlas en su verdadero significado, daban por fracasadas todas las ilusiones y, temiendo correr una suerte parecida a la de su Maestro, estuvieron escondidos en la casa del Cenáculo.

Más valerosas que ellos las piadosas mujeres, se disponían, pasado el sábado, a embalsamar el cuerpo del Crucificado, que había sido retirado de la cruz el viernes a la caída de la tarde, momentos antes de la hora en que comenzaba la obligación de guardar el descanso sabatino, y que por tal razón no había podido ser amortajado debidamente por José de Arimatea y Nicodemus. Verdad es que éstos habían ungido el sagrado cadáver con abundantes aromas y lo habían envuelto en lienzos y colocado en un sepulcro nuevo que, en forma de cueva tallada en la roca, tenía José en un huerto de su propiedad a unos 30 metros del Calvario; pero las piadosas mujeres querían tributarle nuevos honores.

Según nos dicen los Evangelistas, iban éstas el domingo de madrugada hacia el sepulcro, pensando en lo difícil que les sería mover la enorme piedra que lo cerraba. No sabían, sin duda, que los sacerdotes habían puesto guardia de soldados con el pretexto de que, habiendo dicho Jesucristo que resucitaría, querían evitar que los discípulos, para simular la Resurrección, robasen el cadáver.

Al llegar ellas al huerto de José, vieron con sorpresa que la gran piedra, que tanto las preocupaba, había sido removida y se podía entrar en el sepulcro. Nadie les impedía hacerlo en

aquel momento, puesto que los soldados habían huído y la finca estaba solitaria. ¿Qué había pasado?

* * *

Cuando los centinelas del sepulcro se alegraban de ver despuntar el nuevo día, porque el frío y la obscuridad de la noche hacían la guardia muy penosa, sintieron estremecerse la tierra y vieron que un ángel resplandeciente quitaba la gran piedra que cerraba el sepulcro. Su presencia les causó tal espanto, que quedaron como muertos.

Dominados por el terror los centinelas corrieron a dar cuenta a los sacerdotes de lo que había pasado; y éstos, no sólo les prohibieron contar la verdad, sino que les dieron una cantidad grande de dinero para que dijesen que los discípulos habían robado el cadáver, mientras ellos dormían. Poco a poco, sin embargo, se fué extendiendo la noticia de tan burda trama; por eso, cuando algunos años más tarde escribía San Mateo su Evangelio, termina la narración de este episodio diciendo: "Este suceso se divulgó entre los judíos y dura hasta hoy todavía".

Cuentan los Evangelistas los sucesos de este domingo memorable con completo candor y sinceridad, sin tratar de disculpar la conducta cobarde y la incredulidad de los Apóstoles. Se palpa en su relato la verdad de la narración; pero hay cierta falta de método que ha obligado a los comentaristas a poner orden y precisar la forma en que sucedieron algunas de las escenas que nos describen.

* * *

Llegaron, pues, las piadosas mujeres al sepulcro; vieron con sorpresa que estaba removida la piedra y miraron lo que había dentro. El ángel estaba acompañado de otro, y les dijo: "No temáis vosotras. Sé que buscáis a Jesús Nazareno; pero ¿por qué buscáis al vivo entre los muertos?"

Después de demostrarles que todo aquello debía haber sucedido para que se cumpliesen las Profecías, les mandó que diesen la noticia a los discípulos, especialmente a Pedro, y que les anunciasen que volverían a ver a Jesús en Galilea, donde por tanto tiempo habían sido sus compañeros en vida. Esto era, en efecto, lo que estaba anunciado por los Profetas.

Apresuráronse ellas a cumplir el mandato, y Pedro y Juan fueron corriendo a cerciorarse de cosa tan asombrosa. Juan, que era mucho más joven, corría más, pero no se atrevió a entrar en el sepulcro hasta que llegó Pedro; entró éste el primero, y ambos comprobaron la verdad de cuanto les había dicho María. Regresaron ambos para dar la noticia a los demás discípulos, y debió de quedar la Magdalena sola en el huerto; pues no acertaba a separarse del lugar en que había sido sepultado su Maestro. Jesús quiso premiar esta prueba del grande afecto que le profesaba la antigua pecadora, y le dispensó la gracia de que fuese ella la primera persona humana de quien los Evangelistas cuentan que se le apareciese el Señor resucitado.



No puede caber duda de que, antes que a ella, se apareciese Jesús a su Santísima Madre; pero a María Magdalena se le presentó cuando había quedado sola, y le dijo: "Vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios". Después se apareció a las demás piadosas mujeres que volvían del sepulcro.

* * *

Pronto había de aparecérseles el Maestro a los once Apóstoles; pero antes quiso mandarles otros dos recados.

Para uno de ellos se valió de dos discípulos, de los cuales se supone que uno fué el mismo San Lucas, que es quien lo refiere más detalladamente en esta forma: "En el mismo día iban dos discípulos a un lugar llamado Emaús, que dista de Jerusalén unos sesenta estadios (10 kilómetros). Y hablaba uno con otro de todas aquellas cosas que habían sucedido.

"Cuando iban hablando y discurriendo entre sí, se les acercó Jesús, que caminaba al lado de ellos; pero no lo conocían, pues sus ojos estaban para esto entorpecidos. Y les dijo: ¿Qué conversación es esa que lleváis entre vosotros, por el camino. y por qué estáis tristes?

"Respondió uno, que se llamaba Cleofás, y le dijo: ¿Tú sólo eres tan forastero en Jerusalén que no sabes las cosas que han pasado allí en estos días?

"¿Qué cosas?—les dijo El.

"Y le respondieron: Lo de Jesús Nazareno, que fué un profeta poderoso en obras y en palabras, delante de Dios y de todo el pueblo; y los sumos sacerdotes y nuestros magistrados lo han entregado para que fuese condenado a muerte y lo han crucificado. Nosotros esperábamos que había de redimir a Israel; pero ya estamos pasando el tercer día desde que sucedió todo esto.

"Y aun algunas mujeres de las que estaban entre nosotros nos han espantado, porque fueron al sepulcro hoy de madrugada, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que afirmaban que estaba vivo. Algunos de los nuestros han ido al sepulcro y

BIBLIOTECA CENTRAL

hallaron todo como lo decían las mujeres; pero a Jesús no lo han visto.

"Y les dijo El: ¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los Profetas! ¿Por ventura no era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrase así en la gloria?

"Y comenzando por Moisés y por todos los Profetas, les iba interpretando en todas las Escrituras las cosas que se referían a El.

"En esto llegron a la aldea a donde iban, y El dió muestras de ir más lejos; pero le hicieron fuerza diciendo: Quédate con nosotros, porque ya se hace tarde y va muriendo el día.

"Y entró con ellos; y estando juntos en la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dió a ellos.

"Entonces se les abrieron los ojos, y lo conocieron; pero El desapareció de su vista; y se decían uno a otro: ¿No es verdad que nuestro corazón ardía dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

"Y levantándose al punto, volvieron a Jerusalén."

Habían comulgado de manos del Señor y querían dar la noticia a los demás.

Como los sesenta estadios se pueden andar a pie en cosa de hora y media, podían llegar al empezar la noche a Jerusalén. Parece lo más probable que encontraron a los Apóstoles, excepto a Tomás, en el Cenáculo, en el momento en que concluían una cena que no había sido tan triste como las de los días anteriores; porque a la noticia de la Resurrección, dada por las mujeres, se juntaba la de Pedro, que aseguraba que también a él se le había aparecido el Señor, aunque no cuentan los Evangelistas cómo se verificó esta aparición.

No sabemos cuánto crédito darían los Apóstoles a las afirmaciones de Pedro, que venían a confirmar lo dicho por las mujeres; pero pequeña debió de ser la confianza que pusieron en todos ellos, por cuanto afirma el mismo San Lucas, que ni a los mismos que venían de Emaús quisieron creerlos. Y continúa el Evangelista su relación en esta forma:

"Mientras hablaban estas cosas, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo:

"La paz sea con vosotros. Soy yo; no temáis.

"Pero ellos, llenos de turbación y de espanto, pensaban que estaban viendo un fantasma.

"Y El les dijo: ¿Porqué estáis turbados y por qué se levantan esos pensamientos dentro de vosotros? Ved mis manos y mis pies. Soy yo mismo; palpad y ved. Los fantasmas no tienen carne y hueso, como véis que tengo yo.

BIBLIOTECA CENTRAL



"Después de decir ésto, les mostró las manos y los pies. Y era tanto su gozo y admiración, que aun no querían creer que fuese verdad; y entonces les dijo:

"¿Tenéis alguna cosa que comer?

"Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras y se las dió."

* * *

No sabemos por qué razón estaba ausente Tomás cuando tuvo lugar esta escena. No nos atrevemos a pensar que fuese porque, suponiendo completamente fracasada la empresa de su Maestro, se decidiese a separarse de los demás discípulos; tenemos en contra un pasaje evangélico que nos revela su carácter impetuoso, inclinado a resoluciones decisivas en defensa de Jesús. Ello sucedió cuando Cristo les anunció que iba a casa de Marta y María, para resucitar a Lázaro. Sabían los Apóstoles que los sacerdotes maquinaban entonces contra la vida del Maestro, y, temerosos, recelaban acompañarle; pero Tomás se volvió a sus condiscípulos y les dijo:

"Vamos también nosotros a morir con El."

No vacilaron ya los demás desde este momento. Marcharon con Jesús al lugar donde había sido enterrado Lázaro, y presenciaron cómo éste, obedeciendo a la voz de Cristo, salía vivo del sepulcro, al cuarto día de estar enterrado en él.

¿Creía ahora Tomás que no era capaz de resucitarse a sí mismo quien había resucitado a otros muertos?

No podemos asegurarlo; pero no cabe dudar que su repugnancia en creer la Resurrección era muy grande; tal vez mayor que la de ninguno de los demás Apóstoles; por eso quiso Jesús que Tomás fuese uno de los testigos que más fuerza había de hacer a los incrédulos de todos los siglos.

Pasaron los once en Jerusalén la semana de Pascua, a pesar de que el Señor los había invitado a que volviesen a Galilea para reunirse con ellos resucitado en los mismos lugares en que había sido su compañero en vida mortal. Como eran forasteros en la ciudad, se albergaban, sin duda, en la casa del Cenáculo que tan generosamente les había facilitado su dueño.

Los Apóstoles y discípulos se apresuraron a dar a Tomas la noticia de la aparición de Jesús resucitado; pero éste, cuyo carácter impulsivo conocemos, les dijo:

"Si no veo en sus manos las llagas de los clavos y meto mi dedo en ellas y mi mano en la herida de la lanza, no creeré".

Veamos cómo refiere San Juan la escena en que Jesús se dignó complacer al discípulo incrédulo:

"Y ocho días después (del domingo de Pascua) estaban otra vez los discípulos dentro (del Cenáculo) y Tomás con ellos; y vino Jesús, estando cerradas las puertas, y puesto en medio, les dijo:

"—La paz sea con vosotros; y en seguida dijo a Tomás:

"—Mete aquí tu dedo y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel.

"Respondió Tomás y díjole: —¡Señor mío y Dios mío!

"Díjole Jesús: —Tomás; porque has visto has creído. ¡Bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron!

* * *

Aunque no hubiese más pruebas de la Resurrección que las que acabamos de narrar, eran suficientes para fundar en ellas nuestra fe, puesto que nos las suministran los Apóstoles, que no podían equivocarse; porque, como dice San Juan, atestiguaban lo que habían visto con sus ojos y palpado con sus manos.

A estas pruebas debemos añadir lo que refiere San Mateo acerca del soborno de los centinelas; pues fué un episodio que no deja lugar a dudas sobre la manera milagrosa con que fué apartada la piedra que cerraba el sepulcro. Pero la demostración más firme la encontramos en los sucesos que acaecieren en Galilea, desde la octava de Pascua hasta el día de la Ascensión.

Jesús había anunciado a sus discípulos que después de resucitado iría, precediéndoles, a Galilea. La orden de marchar a aquella región, reiterada por conducto de las mujeres a quienes Jesús se había aparecido, tenía que ser muy del agrado de los Apóstoles, porque desaparecido ya Judas Iscariote, que era de Judea, todos los restantes eran galileos. Podían andar el camino, desde Jerusalén, en dos o tres jornadas; y es de creer que regresarían juntos y alegres a sus pobres casas, cansados ya de permanecer en la ciudad deicida, en donde el miedo los tenía recluídos y donde no contaban con otros medios de vida que la caridad del dueño del Cenáculo o de algún otro amigo del Señor.

No tenemos noticia completa de todas las ocasiones en que el Señor se les hubo de aparecer en su tierra, hasta la despedida del día de la Ascensión, que tuvo lugar en Jerusalén; pero nos dice San Lucas, en el libro de los "Hechos de los Apóstoles", que "Jesús, después de haber padecido, se mostró vivo a sus discípulos con muchas pruebas, por espacio de cuarenta días, hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios". Estas cosas se cree que fueron los principales misterios de la religión, sobre todo, los Sacramentos.

Hay entre estas apariciones una, que nos refiere San Juan, en

BIBLIOTECA CENTRAL



la que vamos a detenernos, porque disipa toda sospecha de que hubiese alucinación por parte de los Apóstoles. Como sucedió en la aparición a los dos discípulos que iban a Emaús, vemos en esta otra a San Pedro y a sus compañeros que conversan con el Señor antes de conocerlo y lo tienen por compañero de mesa después de haberlo conocido. También nos servirá de ejemplo esta aparición para comprender la imposibilidad de que los Evangelistas atribuyesen al Salvador episodios inventados por ellos, puesto que no puede ser efecto de la casualidad ni del ingenio la significación que los escritores místicos han encontrado después en tales episodios.

"Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo y otros dos. —Díceles Simón Pedro: *Voy a pescar.* —Dícenle: *Vamos también nosotros contigo.* Y salieron y subieron a la barca, y en aquella noche nada cogieron. Llegada la mañana, presentóse Jesús en la orilla; pero los discípulos no conocieron que era Jesús. —Díjoles, pues, Jesús: *Chicos, ¿tenéis algo que comer?* —Respondiéronle: *No.* —Díceles El: *Echad la red a la mano derecha de la lancha y hallaréis.* —Echáronla, pues, y no la podían sacar por la cantidad de peces. —Dijo, pues, a Pedro el discípulo a quien amaba Jesús: *Es el Señor.* —Simón Pedro, en cuanto oyó que era el Señor, se ciñó la túnica, porque estaba desnudo, y se echó al mar. Mas los otros discípulos vinieron en la lancha tirando de la red de los peces, porque no estaban lejos de la orilla, sino como unos 200 codos. En cuanto saltaron a la tierra vieron unas brasas arregladas y encima sobrepuesto un pez y un pan. —Díceles Jesús: *Traed de los peces que habéis cogido ahora.* Subió Simón Pedro y trajo a tierra la red llena de 153 peces grandes. Y siendo tantos, no se rompió la red. —Díjoles Jesús: *Venid a comer*". (San Juan, cap. 21, v. 1 a 14.)

Muchas consideraciones de provecho hacen los escritores místicos sobre los misterios que se encierran en las circunstancias de esta pesca nocturna, en la que los discípulos del Señor trabajaban unidos como hermanos; pero sólo nos fijaremos en la comparación que hacen con aquella otra pesca que hizo San Pedro en su primera vocación:

"Aquella fué figura de la pesca de las almas para entrar en la Iglesia y creer en Cristo Nuestro Señor y recibir su ley, y así, no se hizo echando la red a la diestra del navío, sino a todas manos, diestra y siniestra, recogiendo buenos y malos, peces grandes y pequeños, y de ella se hincheron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza, Cristo, y su Vicario Pedro, y la red en que se cogieron se iba

rompiendo, porque en esta vida padece cismas y quiebras la Iglesia y la predicación de Cristo; pero la pesca de este día fué la pesca de los predestinados y escogidos para entrar en el cielo, y por eso se hace a la diestra del navío y no a la siniestra, porque los escogidos han de estar a la mano derecha del Juez; todos son peces grandes en santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño; la red se trae a la tierra donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que lo perturbe, pues ya los ángeles habrán apartado los malos de los buenos, como dijo el Señor en la parábola de la red". (P. Garzón. "Meditaciones Espirituales". tomo 3.°, pág. 202.)

Pero entre todas las apariciones que tuvieron lugar en Galilea hay una que bastaría ella sola para no dejar duda sobre la verdad de la Resurrección.

Hubo de esta aparición más de quinientos testigos, y tenemos noticia de ella en forma a la que no puede poner reparo el crítico más exigente en lo tocante a la veracidad de las fuentes de información; porque el que nos habla de ella es San Pablo en su primera carta a los Corintios, que fué escrita y públicamente leída cuando vivían aún muchos de aquellos quinientos testigos, según el mismo Apóstol afirma: "Posteriormente se dejó ver de más de quinientos hermanos juntos: de los cuales, aunque han muerto algunos, la mayor parte viven todavía". (I. Cor. cap. XV, v. 6.)

Con mucha razón escribe Papini (1): "Corinto estaba a las puertas de Asia, poblado por muchos asiáticos, en relaciones continuas con la Judea, y las epístolas paulinas eran mensajes públicos que se leían públicamente en las reuniones, y de las que se hacían copias para mandarlas a las demás iglesias. El solemne y específico testimonio de Paulo podía llegar y llegó ciertamente a Jerusalén, donde los enemigos de Jesús, vivos parte de ellos todavía, hubieran podido impugnarlo con otros testimonios. Si Pablo hubiese creído posible una refutación eficaz, nunca se atreviera a escribir aquellas palabras".

* * *

La más notable de todas las apariciones de Jesús resucitado fué la del día de la Ascensión.

Además de la Pascua, en la que confluía a Jerusalén el pueblo judío en masa, había otra fiesta menos solemne que, por celebrarse cincuenta días después, se llamaba de "Pentecostés".

(1) Giovanni Papini, "Historia de Cristo", tomo 2.°, pág. 400. Madrid, 1925.



Los Apóstoles regresaron a la ciudad santa quince días antes de esta fiesta, sin duda por habérselo ordenado así el Señor, que quería despedirse de ellos, resucitado, en el mismo lugar donde se había despedido para ir a padecer y morir; y había dispuesto también que la solemnidad de esta segunda Pascua sirviese para que el pueblo judío viese transformados a sus Apóstoles por la venida del Espíritu Santo.

Un jueves, diez días antes de Pentecostés, se reunieron todos en el Cenáculo y celebraron, en compañía del Maestro, una última comida que recordaba la cena del Jueves Santo. Ni en una ni en otra supieron los discípulos hasta qué punto tenían ambas el carácter de despedida. El Maestro les volvió a explicar en esta segunda cena los misterios de las Profecías que estaban anunciadas sobre el Mesías, y salió después con ellos al campo.

Volvieron a dirigirse hacia el Monte de los Olivos, siguiendo el camino que les era tan conocido. Era el camino que conducía a la casa de Marta y María; el mismo que habían seguido después de la cena del Jueves Santo. Pasaron junto a Getsemaní; llegaron a lo alto del monte; allí Jesús los bendijo; pusieron todos en El sus ojos, sin saber lo que iba a hacer; y entonces empezó a elevarse suavemente en el aire, hasta que una nube resplandeciente lo ocultó a sus miradas.

No acertaban los discípulos a separarse de aquel sitio; pero bajaron del cielo dos ángeles para anunciarles que ya no volvería su Maestro a este mundo, hasta que bajase, con toda majestad, para juzgarlo.

* * *

Si a alguno le quedasen todavía dudas sobre la verdad de la Resurrección, puede disiparlas estudiando la historia de los primeros años del cristianismo.

Verá que San Pedro, pocos días después de la Ascensión, convierte a tres mil judíos la primera vez que predica en público, y que poco después obra un milagro que contribuye a que, con su segundo sermón, se conviertan cinco mil.

Los sacerdotes y magistrados del pueblo, al ver los prodigios que San Pedro hacía, lo metieron en la cárcel juntamente con sus compañeros, porque predicaban a Cristo resucitado; y Pedro entonces los hace callar presentándoles al enfermo milagrosamente curado y diciéndoles: "En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos, este hombre ha recibido la salud".

Nada tuvieron que responder los magistrados. Nadie tampoco se atrevió a impugnar la Resurrección en los primeros

BIBLIOTECA CENTRAL